

Iglesia por los vínculos de la fe y los indisolubles lazos de la caridad cristiana, vivian en la adoracion de la Deidad Suprema del Señor, formando un solo corazon y una sola alma, como escribe el Crisóstomo. Plegue á Dios que por la intercesion de la Virgen María, cuyo amor tiene tan profundas raices en todos los pechos católicos, conceda á su Iglesia, tan combatida en los presentes dias, paz y tranquilidad, y á la nacion italiana, tan favorecida de Dios en todo tiempo y poseedora de la santa casa de Loreto, libre del azote de la guerra civil que la desola.

IMÁGEN

DE

NUESTRA SEÑORA DE ATOGHA,

PROTECTORA DE NUESTROS REYES,

Y PATRONA MAS ANTIGUA DE MADRID Y DE TODA ESPAÑA.

La milagrosa imagen de Nuestra Señora de Atocha, á la que tan ardiente devocion profesan los hijos de Madrid, es antiquísima, y tal vez de las primeras que fueron veneradas en España. Así nos lo hace creer una antiquísima tradicion apoyada en los mas remotos historiadores, entre los que se cuentan Juliano, Arcipreste de Toledo, y el Arzobispo San Ildefonso, los cuales aseguran fué traída de Antioquia en los tiempos apostólicos, y que fué obra de San Lucas y donacion del Príncipe de los Apóstoles á los fieles convertidos á la fe en la villa de Madrid. Algun autor pretende que fué labrada por los años de 470, con ocasion de la celebracion del Concilio de Epheso, en el que como es sabido se declaró la Maternidad divina de la Santísima Virgen, contra Nestorio Arzobispo de Constantinopla que tuvo la temeridad de querer privar á la Señora de su mayor timbre y mas escelsa prerogativa, queriendo fuese llamada tan solamente Madre de Cristo, pero no Madre de Dios, siendo notable la energía é inspirada sabiduría con que San Cirilo de Alejandria pulverizó los groseros errores del heresiarca. La primera opinion es la que siempre ha pre-

valecido, y ciertamente es la que se apoya en mas sólidas razones. Sabido es que San Lucas en su deseo de estender y arraigar en los corazones el amor y la devocion á la Madre de Dios, envió á los diversos países donde iba penetrando la luz del Evangelio, imágenes de la Señora, que ó bien fabricaba él mismo, ó por lo menos les daba color, si como se asegura era pintor mas que escultor. Sea de esto lo que quiera, lo que es indudable que la célebre y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Atocha es antiquísima en España. Su primera colocacion fué en las cercanías de Madrid y en una pequeña capilla, edificada en el mismo sitio donde se encuentra el magnífico templo en el que es venerada.

San Ildefonso, devotísimo capellan de la Santísima Virgen, de la que recibió extraordinarios y distinguidos favores, entre los que se cuenta el regalo de la preciosa casulla que le colocó por sí misma, para que en adelante celebrase con ella el santo sacrificio de la Misa en sus festividades, profesó una gran devocion á la imagen de Nuestra Señora de Atocha, á la que remitía con frecuencia cera para que ardiese ante su altar y aceite para sus lámparas, constanding por una carta del mismo Santo que dicen se conserva en el archivo de la catedral de Toledo, que encargó muy eficazmente á un sacerdote que se dirigia á Zaragoza no dejase de visitar á su paso por Madrid esta Santa Imagen. De dia en dia crecia el amor y la veneracion que los fieles españoles profesaban á esta Señora, y tan bello simulacro veíase continuamente rodeado de personas de toda edad, sexo y condiciones, que inclinadas sus frentes sobre el suelo y recogidas en su espíritu, imploraban por su intercesion la proteccion del cielo.

Dios, cuyos juicios son incomprensibles á la menguada

razon humana, habia determinado descargar el brazo de su justicia sobre la nacion española. Un espectáculo tristísimo y de las mas funestas consecuencias íbase á representar. Los sectarios del falso profeta de la Meca entraron á sangre y fuego por nuestros pueblos y adelantando rápidamente en sus conquistas sembraban por doquier la confusion y el espanto. La invasion sarracena trajo en pos de sí como es consiguiente la profanacion de los templos católicos y de las imágenes en ellas veneradas. El infame conde D. Julian que para llevar á cabo una terrible venganza entregó nuestra hermosa patria al árabe, consiguió el pérfido objeto que se propusiera. La monarquía goda pereció con su último Rey D. Rodrigo por los años de 312. ¡Dios habia apartado su vista de la España!... Cual torrente devastador, las huestes agarenas entran por todas partes y desde las riberas del Guadalete donde consiguen sus primeros triunfos en aquella desgraciada jornada, se dirigen al interior, sojuzgando los pueblos y poniendo los cimientos á un imperio que habia de contar ocho siglos de duracion.

En dias tan calamitosos, los cristianos españoles que veian con dolor elevarse el estandarte de la media luna, en las altas torres donde triunfante se ostentara antes el signo sagrado de la Redencion de la humanidad y que veian convertirse los templos del verdadero Dios en mezquitas, diéronse priesa á esconder en los mas ocultos lugares ó en las entrañas de la tierra las imágenes de la Santísima Virgen Maria, para evitar que objetos tan amados de sus corazones fuesen profanados por los bárbaros musulmanes. Ya tendremos ocasion al ocuparnos de otras imágenes de referir los prodigios de que se sirvió el Señor para que estas imágenes fuesen halladas luego que concluyó la dominacion sarracena. Cúmplenos ahora ocuparnos de la imagen de Atocha tan

solamente, la cual no fué escondida y por el contrario permaneció en su capilla dispensando beneficios sin cuento y una particular proteccion á los cristianos españoles durante aquella calamitosa época.

Luego que los Sarracenos llegaron á Toledo, trataron de entrar en Madrid que debia estar defendido por bastante fuerza, pues es fama que sus vecinos se entregaron con la condicion de que quedarian algunos templos en pié y sin violarse, para que en ellos recibiesen los Sacramentos y asistiesen á sus ejercicios de piedad. Estas iglesias fueron dentro de Madrid San Martin y San Ginés y en las afueras de la poblacion las ermitas de Santa Cruz y Nuestra Señora de Atocha. A esto se debió el que esta sagrada imágen siguiese recibiendo culto público.

A porfia acudian los cristianos hijos de Madrid á postrarse ante este hermoso simulacro de la Reina de los cielos y de la tierra, dirigiéndola fervorosas plegarias á fin de que alcanzase de su divino Hijo el que aplacase su justo enojo, y que purificada esta tierra de la peste del mahometismo, se viese en ella triunfante la religion santa y única verdadera que tenemos la dicha de profesar. Maria que es todo piedad, y que desde el momento mismo en que apareciéndose en carne mortal al Apóstol Santiago en Zaragoza, habia escogido á la España por su pueblo propio y peculiar para que permaneciesen siempre fijos en ella sus ojos y corazon, no cerró sus oidos á las fervientes plegarias de sus amados hijos y rogando por ellos ante el divino acatamiento les alcanzaba especiales favores del Dador de todo bien. Entre la multitud de fervorosos cristianos que diariamente acudian á ofrecer el incienso de sus oraciones ante la imágen de Nuestra Señora de Atocha, habia uno llamado Gracian ó Garcia Ramirez, sugeto distinguido aun mas que por la no-

bleza de su cuna, por su gran piedad. Esmerábase este ilustre varon en compañía de su esposa, no menos piadosa que él, en cuidar de la capilla de Atocha, procurando no faltase nada de lo necesario para el decente y continuado culto de la Señora.

Habian trasladado su residencia estos cristianos consortes á Rivas, pueblo vecino situado á las orillas del rio Jarama, desde el cual venia Gracian diariamente á ofrecer sus homenajes de veneracion y cordial gratitud á la Virgen de Atocha. Uno de los dias en que siguiendo su piadosa costumbre entró en la ermita para continuar sus piadosos ejercicios, quedó estraordinariamente sorprendido al ver que faltaba de su altar la Santa Imágen. Partido de dolor su amante corazon y vertiendo un torrente de amargas lágrimas, salió presuroso en busca del rico y apreciabilísimo tesoro. Mil ideas todas á cuan mas tristes se agolpaban á su imaginacion, y pensaba si los árabes la habrian arrebatado para profanarla: su vida y mil vidas que hubiese tenido las hubiese entregado voluntariamente por evitar tal sacrilegio. Tan pronto entraba por las casas vecinas como por los campos, y como fuera de sí, dice un antiguo escritor, pronunciaba estas ó semejantes palabras: «¿Dónde os habeis ido, Madre y Señora mia? Las miserias que experimentamos, ya lo estais viendo: no nos habia quedado otro consuelo en tantos males: vuestra presencia sola nos infundia valor, animaba á paciencia, y ayudaba á soportar tan graves males. ¿Quién alentará nuestra esperanza, si nos falta vuestro amparo? Atended, divina Princesa, que las ocasiones son muchas, nuestras fuerzas pocas, y será facil perderlo todo, si nos falta tan celestial socorro: grandes deben ser nuestros pecados, si en la fuente de piedad, en el mar de compasion, en el abismo

»de misericordias, no la hallamos.» Tales eran los tristes lamentos y fervorosas plegarias en que prorumpia aquel devotísimo caballero que sufriendo con el mayor valor y la resignación mas probada todos los trabajos á la vista ó presencia de la Santísima Virgen, la vida le era insufrible apartado de su amantísima Madre. Siguió sin descansar en sus pesquisas hasta que por fin descubrió á la Santa Imágen en el campo y entre unas yerbas, cerca del mismo lugar donde hoy es venerada. Ahora bien: ¿Quién trasladó á aquel lugar el bello simulacro? ¿Fué trasladado por ministerio de los ángeles? No podemos asegurarlo, pero nos inclinamos á creerlo así, en primer lugar porque si los moros la hubiesen robado de su altar, seguramente no la hubiesen dejado abandonada en el campo; antes por el contrario la hubiesen profanado en su bárbaro instinto, mutilándola ó quemándola, y tambien porque creemos que esta traslación la ordenó la Señora para enfervorizar mas y mas el corazón de su siervo Gracian y disponerle para los sucesos de que vamos á ocuparnos.

Lleno de regocijo Gracian por el feliz hallazgo que habia tenido, comunicó la grata nueva á su esposa é hija, como asimismo á varios caballeros, todos devotísimos de la Santísima Virgen, y de comun acuerdo trataron de edificar ermita en el lugar mismo donde la Señora habia sido encontrada. Dióse inmediatamente principio á la fábrica, empleándose en conducir materiales personas de las mas distinguidas, ansiosas de emplearse en el servicio de la Reina de los cielos y de la tierra.

Conocian los árabes el valor de Gracian, y sabedores de la obra que habia emprendido, llegaron á sospechar si en vez de ermita era una fortaleza la que se trataba de construir: conferenciaron entre sí y teniéndolo por indudable,

determinaron impedir el que se pasase adelante en el edificio, y reuniéndose en gran número se dirigieron al sitio donde habia empezado á levantarse la fábrica de la ermita. No creían ciertamente poder hallar resistencia; pero el Dios de las batallas habia dispuesto premiar de un modo visible el celo y la piedad de Gracian y los demas cristianos que tanto se esmeraban en tributar cultos á la Santísima Virgen María. Lleno de fe, y no sin haber orado ante la imágen de Nuestra Señora de Atocha, Gracian con muy pocos hombres salió al encuentro de los moros, que no obstante la superioridad de sus fuerzas quedaron vencidos, siendo tal la confusión que entre ellos hubo, que unos á otros se quitaban la vida, creyéndose enemigos en la ceguedad de su espanto. La victoria quedó por los cristianos, los cuales en seguida se apoderaron de Madrid.

Los historiadores de aquella época hablan de un gran milagro obrado por Dios por mediación de la Santísima Virgen, cual fué la resurrección de la esposa é hijas de Gracian, las cuales creyendo segura la victoria de los moros, prefirieron morir á manos de su esposo y padre, antes que caer en poder de la chusma agarena que les hubiesen arrebatado su honor. Lleno de júbilo Gracian por el admirable y prodigioso triunfo que habia conseguido, aunque partido el corazón de dolor por la muerte de aquellos objetos tan amados de su corazón, deplorando el no haberlas dejado con vida y bajo la protección de la Santísima Virgen, se dirigió con los demas combatientes sus compañeros á la ermita de Nuestra Señora de Atocha para rendirla fervorosa acción de gracias por el singular favor que les habia dispensado.

Estos sucesos los describe Lope de Vega en su poema *El Isidro de Madrid*, canto noveno. Su mucha estension

nos impide el trasladarlo completo, pero no resistimos al deseo de darle á conocer á los que no le hayan leído, aunque tan solo en lo que hace referencia al milagro.

Después de referir el triste suceso, continúa del modo siguiente, haciendo hablar á Gracian, el cual dirigiéndose á sus soldados después de la victoria les dice:

«Sabed, amigos, que he muerto

Estando de morir cierto,

Mis hijas y mi mujer;

Mirad si es esto vencer,

O llegar vencido al puerto.

De Atocha en la santa ermita,

Porque el moro no violara

Mi sangre, al alma tan cara,

Dí la muerte á Margarita,

Lucía, y la hermosa Clara.

Allí, en muriendo las cierro

Sin darlas mejor entierro,

Aunque les di eterna gloria,

Y háme dado Dios victoria,

Porque conozca mi yerro.

Por el rostro venerable

(cuando esto dijo) caian

Las lágrimas, que llovian

Los ojos, que al lamentable

Caso dos fuentes se hacian.

Discurrió un temor elado,

Del grande al menor soldado;

Desde la circunferencia

Al centro y quedó en la esencia

Del corazon alterado.

Porque como el alegría

Del centro á fuera salia

El temor de fuera entró

Al centro dejando fria

La sangre, que enmedio halló.

Al fin para darle gracias

A la Virgen, y á las muertas

Lágrimas justas é inciertas,

Con victorias y desgracias

Llegan del templo á las puertas,

En las cuales acogidos

Estaban los dos huidos

Zara, y el moro Otomán

Que ya saben que Gracian

Vuelve los moros vencidos.

Abren llorando las puertas,

Que ya en nada se repara;

Gran milagro: ¡cosa rara!

Que hallaron vivas las muertas,

Y hablando á la hermosa Clara.

Lo que entonces sentirian,

Y á la imágen le dirian,

Isidro, bien lo conoces,

Que con las manos, y voces

Los pechos y aires rompian.

Vuélvense Otomán y Zara

Cristianos, sin fuerza y ruego.

Hácese el Bautismo luego,

Cásanse Don Lope y Clara,

Doña Lucía y Don Diego.

Y en pcesion y en amor

Dando al viento volador